

La vida bohemia

Por Marino Gómez - Santos

El amigo burgués iba paseando por la Red de San Luis acompañado de un tipo bajo de estatura, regordete y pacífico que mientras escuchaba se metía el dedo en la nariz. El amigo burgués, sin duda, trenzaba bellas mentiras como un Valle-Inclán de guardarropía medianamente imitado.

Presentación por las buenas, en la calle de Fuencarral, a la misma puerta de la Telefónica. El tipo bajo y regordete se frotó las uñas en la solapa del gabán y después nos alargó una mano gelatinosa y calenturienta con el mismo entusiasmo con que los tratantes cierran sus tratos en el mercado de vacuno.

¡De modo que aquí el amigo escribe en los papeles de "Madrid"!

—¡Pues ya lo vé...! ¡Pche, se hace lo que se puede!

El tipo bajo y regordete, que tenía el aire de hortera afortunado, dijo enseguida, a voces, que iríamos "porque él quería" a tomar unos chatos a una taberna de Augusto Figueroa.

—La verdad es que ya no es buena hora.

—Nada, nada, usted no tiene disculpa; tiene que venir "porque quiero yo".

(Los horteras cuando se ponen pesados son fanfarrones, insoportables, diciendo que no hay casa que valga y que la noche es joven).

El hortera de mi historia se reservó hasta el tercer chato. Tenía que decirme que su cuñado el cerrajero de la calle de Bordadores poseía grandes facultades de novelista.

—Pero ya sabe usted; cosas que pasan; hace novelas de maravilla, pero no las pone en imprenta; se presenta a los premios... ¡Bah, es tonto! Sin recomendación ya le digo yo que no se puede salir de casa.

—No lo crea usted así. Con recomendación y oficio literario es como no se vá a ningún premio. Al menos con intención de ganárselo.

El hortera sacó del pantalón

un puñado de billetes y extendió uno de quinientas sobre el mostrador aunque los llevaba de menor cantidad. Mi amigo burgués dijo que no lo consentía pero el hortera le cogió bruscamente el brazo y le hizo meter la mano en el bolsillo, también "porque él quería".

—Ya sabe usted, cosas que pasan. Lo que le sucede a mi cuñado es que no vive la vida bohemia como ustedes.

¡La vida bohemia! ¡La vida bohemia! ¡Qué entendería aquél imbécil por la vida bohemia!

—Bueno, eso, eso, ya sabe usted; la vida bohemia.

—Pues la verdad es que no sé a qué se refiere.

El creía, según dejó entrever después que los escritores vivíamos de mecenazgos; se imaginaba que todos teníamos un señor Marqués que nos sentaba a su mesa donde una mano de guante blanco llenaba continuamente la copa de buen vino francés. El se imaginaba que todo escritor fumaba en pipa, que se pasaba la noche bajo las estrellas recitando versos y que mujeres enamoradas de sus obras les regalaban los trajes usados de su marido.

En definitiva, el hortera condenaba el núcleo de los profesionales y entendía que eran mucho más importantes legales y auténticos los cerrajeros novelistas y las chicas de servicio y los obreritos que no habían leído "El Quijote".

En definitiva también, el hortera tenía razón. Ese era el caso. A veces encontramos hombres por el mundo que cargados de ciencia pasean su fracaso por los cafés mientras que el milagroso novelista salido del taller de ajuste pasa de la vida vulgar a la vida fantástica sin pedir permiso.

¡La vida bohemia! ¡Qué imbécil! Creía que el escritor era una mala bestia ilustrada. Pero no tenía culpa el pobre. Es necesario recordar, y no precisamente a este tipo de gente, que la canción de la bohemia ya ha pa-

sado, que está desmayada en las discotecas desde hace veinte años, como un penacho colgado de un clavo en los desvanes de la vida española.

La vida literaria no es vida de bohemios sino todo lo contrario; es decir, que los bohemios hacen vida literaria para llenar su vagabundaje de ilustraciones pintorescas.

Pero el escritor español no tuvo barro jamás en su automóvil y tiene el perjuicio de que los malos comediógrafos escriban piezas en las que salen a escena escritores melencólicos, pícaros y absurdos, que le dicen al señor de la casa que ellos serán famosos pero que entretanto pongan un cubierto más a la mesa.

El escritor es un tipo de ciudadano de absoluta esclavitud a fuerza de querer ser independiente.

El escritor de nuestro tiempo disfruta del bachiller forzoso y desgarrador por que pasaron los talentos de principios de siglo. Lo que sucede es que las gentes cuentan y miden por las medianías de provincias donde se llama escritor a cualquier cosa y donde el periodismo es una feroz caricatura de lo que, en realidad tiene que ser, debe de ser y es, a fin de cuentas. La caricatura mordaz llega hasta en la indumentaria de algunos periodistas, la cultura de algunos periodistas y los tacones tórcidos de algunos periodistas.

Pero el escritor no es ave de este corral ni el periodista, de cualquier lugar que sea, tiene nada que ver con este tipo de medianías que allá con su pan se lo coma y si de su mal arte ha hecho su oficio, el que por su gusto corre nunca cansa; y a lo hecho pecho y etc., etc.

El escritor tiene fama de jugar o de bufón, de mendigo ilustrado de buhonero borracho.

A la larga al escritor le tiene sin cuidado la opinión pública y ni le van ni le vienen juicios ajenos y además a veces se muerre de risa con verdaderas ganas.

Y no le falta razón.